



*A (des)ontologisation of Antonio Negri's Machiavelli*

# *Una (des)ontologización del Maquiavelo de Antonio Negri*

ANTONIO GÓMEZ VILLAR

Universitat de Barcelona (UB)  
antonio.gomez.villar@ub.edu  
antoniogomezvillar.com

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2022.30.002>  
Bajo Palabra. II Época. N° 30. Pgs: 43-62



Recibido: 22/02/2022

Aprobado: 09/08/2022

## Resumen

Antonio Negri busca en Maquiavelo los principios de una ontología del poder constituyente. En este artículo sometemos a consideración crítica los modos en que Negri lee su propia teoría en los escritos del florentino. En concreto, el tránsito al antagonismo que advierte en la compleja relación entre *El Príncipe* y los *Discursos*; la ontologización de la relación *virtú*/fortuna; la imposibilidad de la *multitud* negriana de dar cuenta del gesto metonímico de la *plebe* maquiaveliana; y el supuesto carácter absoluto de la forma republicana.

**Keywords:** *Maquiavelo, Antonio Negri, poder constituyente, República, ontología.*

## Abstract

Antonio Negri seeks in Machiavelli the principles of an ontology of constituent power. This article critiques the ways in which Negri reads his own theory in the Florentine's writings. Specifically, the transition to antagonism he detects in the complex relationship between *The Prince* and the *Discourses*; the ontologization of the *virtue*/fortune relationship; the impossibility of the Negrian *multitude* to explain the metonymic gesture of Machiavelli's *plebeians*; and the alleged absolute nature of the republican form.

**Palabras clave:** *Machiavelli, Antonio Negri, constituent power, Republic, ontology.*

## La exhortación liberadora maquiaveliana como ontología del poder constituyente

EL CONCEPTO ‘PODER CONSTITUYENTE’ tiene una enorme centralidad en la obra de Antonio Negri<sup>1</sup>. En torno a él se propone reformular la teoría política de la emancipación. En los términos de su extensión fenomenológica, viene a contraponer y desbordar a su rival conceptual en el curso histórico de las ideas políticas: el poder soberano. La fenomenología del poder constituyente nunca es reductible a la del poder soberano. Allí donde éste invierte siempre las prácticas de sujeción y dominio, surgirá siempre la necesidad objetiva de un éxodo que reabra el campo político al antagonismo, desbordando por consiguiente cualquier dispositivo del biopoder nacido con la Modernidad.

La tesis que recorre el conjunto de la obra de Negri es que el poder constituyente de la sociedad es el verdadero contenido de la democracia. Se trata de “ordenar el poder constituyente en cuanto sujeto, regular la política democrática”<sup>2</sup>. La característica esencial de la democracia es su resistencia a ser constitucionalizada, porque es una teoría del gobierno absoluto; mientras que el constitucionalismo lo es del gobierno limitado. Tanto ‘democracia’ como ‘poder constituyente’ nombran lo que en la sociedad resiste a las formas constituidas de la vida política. Una concepción extra constitucional de la democracia como poder constituyente.

Tanto en la tradición liberal como en la tradición republicana clásica, el constitucionalismo es presentado por Negri como la doctrina de la contención, reducción, regulación y neutralización del poder constituyente. Entre lo constituyente y lo constituido no existe reconciliación posible, sino una contradicción insuperable entre la naturaleza absoluta, omnipotente, expansiva e ilimitada del poder constituyente; y el carácter limitado y limitante del constitucionalismo. El filósofo de Padua elabora la teoría del poder constituyente para situar la revolución en el origen del Estado, por lo que ‘revolución’ significa el proceso de crisis permanente del Estado, del poder constituido. La política es el poder de separación que rompe con el poder constituido para efectuar un retorno al poder constituyente. En este sentido,

---

<sup>1</sup> Negri, A., *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, Prodhufi, 1994.

<sup>2</sup> Ídem.

el poder constituyente es inmanente, rechaza toda trascendencia y teleología, está desprovisto de finalidad y está enraizado en la materialidad de la multitud. Se trata, en definitiva, de la expresión del carácter absoluto de un poder social en oposición al poder constituido.

Negri hace coincidir el horizonte de la inmanencia y el orden político democrático. Es en el plano de inmanencia donde se hacen efectivos los poderes de la singularidad, por lo que no puede haber mediación alguna, lo singular es la multitud. Hay un sujeto históricamente existente a quien Negri otorga una plena inmanencia: la multitud<sup>3</sup>. La plena realización de la inmanencia de la multitud sería la eliminación de toda trascendencia. Conceptualiza el ‘poder constituyente’ como la referencia jurídica a la expresión absoluta de la democracia, como aquella puesta en escena de la voluntad de las multitudes, sin necesidad de ser mediada por representación alguna. En cuanto voluntad plena, el poder constituyente contiene un potencial emancipador que no puede ser reducido al terreno institucional del poder constituido.

Partiendo de estas bases teóricas, Negri inscribe a Maquiavelo en una lectura preconcebida del curso histórico, como teórico del conflicto, del poder constituyente, la democracia absoluta y la multitud<sup>4</sup>. Busca en Maquiavelo los principios de una ontología del poder constituyente, para concluir que la multitud encarna la lucha del poder constituyente contra el poder constituido. Dicho en otros términos, trata de buscar su propia teoría en Maquiavelo: “es necesario que encontremos un modo de redefinir la exhortación liberadora de Maquiavelo en el idioma de la multitud global contemporánea y renovemos así la tradición auténtica del patriotismo”<sup>5</sup>.

La lectura que Negri realiza de Maquiavelo se inscribe en su esfuerzo por reconstruir la historia del poder constituyente como fundamento crítico del constitucionalismo moderno. El pensamiento de Maquiavelo es para Negri “la primera definición del poder constituyente”, razón por la cual recorre el desarrollo del poder constituyente en la modernidad occidental a partir de su origen maquiaveliano. Desde un punto de vista metodológico, Negri pone en cuestión los distintos momentos de la escisión constituyente y las teorizaciones con las que a lo largo del tiempo se fue articulando el progreso del antagonismo. Y en este marco, el poder constituyente recibió su primera definición en Maquiavelo, quien dada la ausencia de condiciones necesarias para la democracia, convirtió el poder constituyente en un programa para asegurarlo; el florentino nos aporta la primera formulación de la democracia moderna.

---

<sup>3</sup> Hardt, M., Negri, A., *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Barcelona, Debate, 2004, p. 76.

<sup>4</sup> Negri, A., *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, op. cit.

<sup>5</sup> Hardt, M., Negri, A., *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, op. cit. 76.

Así pues, Negri identifica en Maquiavelo el origen del proyecto de la multitud como poder constituyente. Tiene lugar el surgimiento de un plano revolucionario de la inmanencia que resitúa el pensamiento en la singularidad del ser. Maquiavelo nos permite observar el avance del poder constituyente de la libertad, el movimiento instituyente de la soberanía democrática. El teórico renacentista es un innovador: no sólo epistemológico (separa la política de la moral y la teología), también ontológico: la política puede crear nuevas instituciones, plasmar el poder constituyente.

Considera Negri que en el capítulo IX de *El Príncipe* aparecen ya algunas de las principales determinaciones del poder constituyente: la *virtú* imponiéndose a la fortuna, la soledad del nuevo príncipe, la necesidad de tener sus propias armas o la apelación a la fundación popular del poder del príncipe. Sin embargo, lamenta Negri, *El Príncipe* es aún una obra que contiene un excesivo utopismo que aleja el proyecto del sujeto y confía la función política a un plano más elevado<sup>6</sup>. Es por ello que acude a Baruch Spinoza, para “reinventar la noción de teleología materialista”<sup>7</sup>. El materialismo de la inmanencia es la operación filosófica fundamental que da sentido a todos los conceptos que va introduciendo Negri a lo largo de su vasta obra. Si con Maquiavelo la política bajaba al terreno mundanal para ser secularizada; con Spinoza se inscribe en una ontología de la inmanencia que adopta la democracia como horizonte del gobierno absoluto.

La propuesta de Negri consiste en mantener juntos a Maquiavelo, Spinoza y Marx para otorgar condición política a la idea de la productividad de la reproducción social. Su proyecto supone la elaboración de una genealogía materialista de las potencias constituyentes capaz de comprender las formas subjetivas que se producen en el antagonismo contra los poderes constituidos: “todo esto se inserta en la gran tradición materialista que va de Maquiavelo a Spinoza y a Marx y que solo nos dice una cosa: el deseo de liberación tiene una lógica ontológica irreductible. La inmanencia es el reino de posibilidades. Un telos no clásico sino ilustrado, no renacentista sino barroco, no moderno sino posmoderno”<sup>8</sup>.

## El Príncipe nuevo: sobre lo absoluto del comienzo

NEGRI CONCIBE LA FIGURA DEL “NUEVO PRÍNCIPE” maquiaveliano como un vehículo para la realización del poder constituyente de la multitud. El príncipe inventa la absolutéz de lo político como exaltación del principio revolucionario: “la absolutéz

<sup>6</sup> Hardt, M., Negri, A., *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 74.

<sup>7</sup> Ídem, 74.

<sup>8</sup> Negri, A., *Fábricas del sujeto/ontología de la subversión*, Madrid, Akal, 2006, p. 83.

del poder constituyente puede encontrar un sujeto adecuado sólo en la multitud y una sustancia sólo en una forma siempre abierta del gobierno democrático”<sup>9</sup>.

La interpretación de la relación entre los *Discursos* y *El Príncipe* ha sido siempre objeto de discusión, no tanto por razones filológicas, sino sobre todo filosóficas y políticas. En el marco de esta larga discusión, Negri no observa contradicción alguna entre ambas obras: el carácter absoluto del elemento político, tal como lo elabora Maquiavelo en *El Príncipe*, se aplica después a una República, esto es, la República deviene gobierno absoluto. Según esta lectura, Maquiavelo sitúa “el principio” al servicio del gobierno democrático, de manera idéntica al carácter absoluto del poder constituyente. En un primer momento, el sujeto colectivo es expresión de la posibilidad de potencia; y después aparece como actualización: “el poder constituyente del Príncipe se convierte en los *Discorsis* en el contenido de la democracia”<sup>10</sup>.

Negri lee la compleja relación entre *El Príncipe* y los *Discursos* como una idea fuerza para teorizar el antagonismo y su praxis: mientras que en el primero descubre la condición absoluta de lo político; en la segunda se identifica la República como la institucionalidad en que la democracia puede realizar el gobierno absoluto. La lectura negriana de los *Discursos* sostiene que en los capítulos del III al X del Libro I, y los que siguen, “el tumulto plebeyo, la iniciativa popular defienden la libertad y constituyen la clave de lectura del progreso de las instituciones, pero ellas son leídas en el interior del equilibrio de poderes [...] en estos capítulos, el concepto de poder constituyente no ha sido todavía construido por Maquiavelo”<sup>11</sup>. A partir del capítulo XVIII, observa Negri, Maquiavelo aplica los principios del poder constituyente a su teoría de las repúblicas. Una concepción de la democracia como gobierno absoluto: “el Príncipe inventa la nueva respuesta: el poder constituyente, un momento de innovación teórica absoluta [...] los *Discorsis* no serán otra cosa, ahora y después, que la demostración de que el único contenido absoluto de la forma constituyente es el pueblo”<sup>12</sup>.

Aquí emerge para Negri la afirmación del principio constituyente, una apología del pueblo, de la constitución de la libertad y del carácter absoluto de la democracia como gobierno. El “comienzo” es la imagen misma del poder constituyente: “el principio formal del mando, del poder, debe encarnarse”<sup>13</sup>. Si en el Libro I de los *Discursos* Maquiavelo define un sujeto como entidad colectiva (la plebe, el pueblo),

---

<sup>9</sup> Negri, A., *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, op. cit. 115.

<sup>10</sup> Ídem. 105-106.

<sup>11</sup> Ídem. 93.

<sup>12</sup> Ídem. 95.

<sup>13</sup> Ídem. 96-97.

en el Libro II “el sujeto deberá mostrarse como base dinámica de la producción histórica, como potencia”<sup>14</sup>. De esta manera, Negri señala en la obra de Maquiavelo la creación de un nuevo método que va de la *estructura* al *sujeto*: el ‘poder constituyente’. Así pues, los *Discursos* constituyen el intento por mostrar que el único contenido absoluto de la forma constitutiva es el pueblo, la plebe como garantía de la libertad. La constitución democrática sería una apertura, un comienzo del movimiento revolucionario de la multitud. De lo que se concluye que en Maquiavelo la figura del poder es la democracia absoluta.

Negri cree ver un tránsito al antagonismo entre *El Príncipe* y los *Discursos*. Pero obvia que bien probablemente la diferencia entre las dos obras reside en que responden a objetos analíticos distintos: *El Príncipe* se inscribe en el género de libro de consejos; y los *Discursos* son un análisis de las repúblicas. En la primera obra se pregunta por cómo alcanzar, mantener, controlar y dominar una situación de excepción; en la segunda, de carácter republicano, las acciones se integran en la República. Los temas desarrollados en *El Príncipe* están también presentes en los *Discursos*.

Con todo, lo más problemático de la lectura negriana reside en el modo en que presenta el carácter de absolutez que atraviesa la obra *El Príncipe*. En efecto, en ella Maquiavelo da cuenta de ese momento absoluto. Pero lo que le interesa a Maquiavelo no es describir el supuesto tránsito al antagonismo, sino cómo la forma-República permite al príncipe su enraizamiento en el pueblo. *Lo Stato* significa en Maquiavelo “comunidad política”, aquello que trasciende tanto al individuo como a grupos particulares; y se identifica con la figura de sus dirigentes, está ligado a la figura personal del príncipe. La labor principal del príncipe consiste en “mantenere lo stato”. Tal es el sentido del *arte dello stato*: técnica o modo de ejercer el poder, fundar y conservar *lo stato*.

Maquiavelo desarrolla la teoría del “príncipe nuevo” en los capítulos VIII, IX, XV y XVIII de *El Príncipe* y en los capítulos XVI, XVII y XVIII de los *Discursos*. Allí sostiene que para la fundación de *lo stato* se precisan armas propias. Según Negri, Maquiavelo ve el origen del poder constituyente en la *virtú* del nuevo príncipe. Una *virtú* que sólo se realiza cuando el príncipe aprende la lección de que todos los profetas desarmados sucumben a los reveses y sólo los profetas armados pueden triunfar. Y ese pueblo armado es el verdadero poder constituyente. Si para la construcción de *lo stato*, Maquiavelo consideraba que era preciso tener “armas y dinero”, Negri dice que Maquiavelo entiende por armas “el pueblo, los ciudadanos productores que se convierten en pueblo en armas en la

---

<sup>14</sup> Ídem. 99.

democracia comunal. ¿Dónde se halla hoy al pueblo disponible para una nueva Constitución?”<sup>15</sup>.

El pueblo en armas de Negri es “esa fracción de los ciudadanos que por su trabajo produce las riquezas y permite, por tanto, la reproducción de la sociedad en su conjunto, esa fracción que puede pretender que su propia hegemonía sobre el trabajo sea constitucionalmente reconocida”<sup>16</sup>. Sin embargo, no es este el sentido que Maquiavelo otorga al tener “armas y el dinero”. El objetivo de los *Discursos* es hacer de su amada Florencia natal una República de ciudadanos y gobernantes con armas propias, esto es, una milicia ciudadana y no profesional, pues las bandas mercenarias viven de la guerra sin leyes, sin disciplina<sup>17</sup>. Las armas no son para el pueblo. O, mejor dicho, no sólo para el pueblo. Son tanto para el pueblo como para *lo stato*. El príncipe hace vivir al pueblo para que pueda servir a la República, se arman y se aseguran ambos al mismo tiempo.

Para Maquiavelo, *lo stato* se basa en un acto de voluntad: un conjunto de individuos se convierte en un organismo político como acto de poder. En *El Príncipe* propone un tipo de gobernante diferente al de las monarquías renacentistas: un “príncipe nuevo” que alcanza el poder sin legitimidad dinástica o hereditaria, sino por su propia *virtú*, engrandeciendo, aumentando y manteniendo su dominio; conquistando, organizando y conservando el poder.

*Lo stato* nace de la fuerza. La violencia del príncipe permite establecer el orden y la ley. ‘Príncipe’ es el nombre que toma la reagrupación de fuerzas para fundar una comunidad política. Esta tarea la realiza un solo individuo, dotado de suficiente *virtú* para llevar a cabo tal empresa. ‘Príncipe’ no es un individuo particular, ordinario y concreto, es la existencia individual del Estado. La violencia para Maquiavelo es productora, fundadora, condición necesaria para que se pueda dar la *civitas* (la vida cívica, política, libre). Por eso no pertenece al ámbito de lo político, es prepolítico, pertenece al *arte dello stato*, a la creación, organización y ordenación de un territorio. El *arte dello stato* es la condición de posibilidad de *la civitas*.

Y de ahí el carácter de absolutez del comienzo. La tarea histórica de construir un Estado requiere soledad. El *comienzo absoluto* requiere de una *soledad absoluta*: “es necesario estar solo para fundar una república o reformarla totalmente [...] una reunión de hombres no es lo apropiado para crear instituciones; ésta no puede abarcar ningún conjunto útil a causa de la diversidad de opiniones”<sup>18</sup>. Es preciso

<sup>15</sup> Guattari, F., Negri, A., *Las verdades nómadas & General intellect, poder constituyente, comunismo*, Madrid, Akal, 1999, p. 168.

<sup>16</sup> Ídem. 168.

<sup>17</sup> Maquiavelo, N., *Del arte de la guerra*, Madrid, Tecnos, 2008.

<sup>18</sup> Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Madrid, Akal, 2000.

que el príncipe detente todos los poderes para sí, pues la pluralidad de opiniones lo haría imposible. Dicho en otros términos, el momento constituyente no lo es de la multitud, como sostiene Negri, sino del príncipe.

### La ontologización de la relación *virtú/fortuna*

NEGRI CONCEPTUALIZA EL MUNDO como un proceso material y afirmativo de constitución. Y concibe la multitud como sujeto absoluto al que le otorga primacía ontológica. Para Negri la vida no es algo personal o un flujo, es una multitud de singularidades, que se juntan o se separan y, al hacerlo, constituyen, producen juntas el momento de la constitución. La multitud es una potencia ontológica: representa el deseo y transforma el mundo. Es el único sujeto capaz de realizar la democracia: el gobierno de todos por todos. Se halla continuamente sometida a la sustracción del poder. Desde esta perspectiva, el conflicto es considerado un obstáculo temporal para la afirmación del sujeto absoluto. El triunfo de la multitud tendría una dimensión ontológica: la afirmación de la multitud sobre el conflicto.

En la particular lectura negriana de Maquiavelo, inscribe la relación *virtú/fortuna* en una dimensión ontológica: las acciones humanas (*virtú*) frente a los eventos posibles (fortuna). La *virtú*, entendida como signo del poder constituyente y la libertad, se opone a la fortuna; la fuerza de lo constituyente al poder constituido. La *virtú* sería la potencia del poder constituyente que impulsa a que la potencia se oponga a la *potestas*, al poder constituido. Por eso sólo la multitud es capaz de *virtú*: “la única posibilidad de resistir a esta perversión del desarrollo de la virtud y a su dialéctica, es la fundación de un sujeto colectivo que se oponga a este proceso, que intente fijar no la acumulación de la fortuna, sino la de la virtud. ¿Quién podrá hacerlo? Este proyecto sólo será pensable en las formas de la democracia y del gobierno de la multitud”<sup>19</sup>.

“La voluntad de saber se presenta en Maquiavelo como un movimiento productivo que penetra en el ser, un saber en tensión para construir nuevo ser”<sup>20</sup>. Esta relación entre saber y actuar se revela para Negri como ontológica, constitutiva. Es en *Los Discursos* donde observa que Maquiavelo asume una ontología constitutiva, siendo el ejemplar paradigma político de Roma un dispositivo ontológico. En las teorizaciones maquiavelianas sobre Roma observa Negri un momento más del proceso de construcción radical de una ontología política. Maquiavelo propondría así

<sup>19</sup> Negri, A., *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, op. cit. 107.

<sup>20</sup> Ídem. 113-114.

un método materialista que confirma en la historiografía la hipótesis de la ontología constitutiva: “sólo la democracia radical, donde el poder absoluto encuentra un sujeto absoluto, la multitud, podría desplegar enteramente la virtud”<sup>21</sup>.

Negri piensa que la *virtú* se hace sujeto colectivo, se hipostasia en el pueblo a través de la transferencia de *virtú* del príncipe al pueblo. Sostiene que es en el Libro III de los *Discursos* donde el mecanismo de la *virtú*, ya transformado por el príncipe, es fijado como principio constituyente: “la virtud como tema-dispositivo de la unidad de la ciudad y de la multitud es desarrollado”<sup>22</sup>. Pero la relación que establece Negri entre *virtú*/fortuna, simétrica a la relación entre lo constituyente/constituido, no tiene en Maquiavelo un carácter ontológico, pues sólo existe en tanto que encuentro conflictivo [*riscontro*], los términos no preexisten a la relación.

Maquiavelo sitúa la acción humana en condiciones históricas cambiantes (fortuna) y en la posibilidad de la acción humana de cambiar estas condiciones (*virtú*). Negri reconoce la realidad de estos elementos, pero al mismo tiempo identifica un límite y un inconveniente en la manera en que el florentino entiende esta relación. Escribe: “esa notable fuerza (*virtú*), capaz de sobredeterminar la fuerza y de producir una nueva realidad ontológica, tropieza siempre con un obstáculo (fortuna). No sabemos quién crea el obstáculo. Maquiavelo no se plantea el problema; para él es suficiente con haber mostrado que el formidable poder radical invierte el mundo y lo construye de nuevo, como de la nada”<sup>23</sup>. Negri considera que la definición de Maquiavelo de la *virtú* como algo finito siempre encuentra su obstáculo en la fortuna, y ello impide pensar un poder constituyente como revolución permanente, irresistible para la fortuna, de manera tal que Maquiavelo excluye el concepto de poder constituyente como absoluto.

Contraria a esta lectura de Negri, hemos de precisar que en Maquiavelo la relación constituyente/constituido es siempre contingente a la situación. Si el poder constituyente adquiriese el carácter de sujeto o sustancia, esto es, si fuese un proceso absoluto, entonces no habría posibilidad de ruptura. En Maquiavelo la mutación es eventual, no ontológica. El cambio tiene lugar en el encuentro, no depende de una estructura ontológica a priori. Maquiavelo entiende la *virtú* como el valor político de la acción, la capacidad para imponerse a los azares de la fortuna. No es que la *virtú* sea lo contrario a la virtud moral, es que es de orden diferente: no es del orden del deber ser (en torno al problema del bien), sino de la voluntad. La *virtú* del príncipe se refiere a todas aquellas cualidades y habilidades que le permiten fundar *lo*

---

<sup>21</sup> Ídem. 123.

<sup>22</sup> Ídem. 111.

<sup>23</sup> Ídem.

*stato* haciendo frente a la fortuna, a ese margen de imprevisibilidad, a todo aquello inesperado.

Negri, por su parte, inscribe la *virtú* en el orden de la potencia. Define el sujeto como una entidad colectiva, la multitud, y la presenta como potencia. El poder constituyente es antes que nada potencia (*potentia*) frente al poder constituido (*potestas*). Lo constituyente tiene para Negri un carácter trágico, porque no se agota en lo constituido. Hay una vitalidad expansiva del poder constituyente. La *potestas* separa a los individuos de su potencialidad, de aquello que son capaces de realizar. Por el contrario, actualizar su potencia consiste en liberarlos de los límites que le impone el poder. La multitud se sitúa del lado de la potencia, esto es, de la cooperación y la creatividad. Todo el esfuerzo teórico negriano está basado en encontrar e inventar una forma social en la cual la productividad del ser pueda ser puesta en acto. De un lado, hay una potencia que crea, produce, constituye; por otro, hay un poder que resta y ciega. Siempre que describe las diversas formas que adopta el poder (la dominación del Estado o el poder de la explotación del capital, etc.) lo hace en términos negativos, privativos, que sustraen. Hay una potencia productiva y, por otro, un poder negativo, en el momento en que el deseo deja de expandirse. La acción política de la multitud siempre se orientará hacia la forma de la liberación<sup>24</sup>.

Negri establece el poder constituyente como fuerza absoluta desprovista de cualquier relación con cualquier forma jurídica. Su lectura de Maquiavelo está estrechamente ligada a la caracterización de “absolutes” de lo constituyente, la vitalidad expansiva de la multitud y la imposibilidad ontológica de institucionalización del conflicto. Negri no logra establecer una relación entre poder constituyente y poder constituido. La absolutización que hace de lo constituyente impide cualquier relación interior con el constituido. El poder constituyente es pensado a partir de su relación de no síntesis con el poder constituido y, por ello mismo, en términos de resistencia a la legalidad. El poder constituyente no es una anomalía temporal que puede reconducirse, sino la condición de posibilidad misma de la emancipación frente a la mera reproducción del orden constituido. El poder constituyente tensiona los diseños institucionales bajo la amenaza de la irrupción de su ingobernable vocación transformadora. El problema filosófico de Negri consiste en cómo colocar la subjetividad en un plano de inmanencia, sin fines externos a sí misma.

---

<sup>24</sup> A diferencia de los planteamientos de Negri, véase el concepto de ‘multitud’ de Paolo Virno, quien atribuye a la multitud un carácter ambivalente: Virno, P., *Ambivalencia de la multitud. Entre la innovación y la negatividad*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2003; o Étienne Balibar, quien sostiene que la multitud no tiene criterios internos que garanticen a sus acciones un carácter antisistémico: Balibar, É., “Spinoza, the Anti-Orwell: The Fear of the Masses”, *Masses, Classes, Ideas*, Nueva York, Routledge, 1993, pp. 3-38.

Pero el objetivo último de Maquiavelo no consiste en pensar lo absoluto de la democracia restituyendo agencia política al pueblo, sino pensar las condiciones de posibilidad para la existencia de una comunidad política. Lo político tiene que ver con el bien colectivo. Toda su obra está atravesada por la primacía otorgada bien común y el protagonismo de la comunidad política. El mayor mal a evitar es la destrucción de la comunidad y el bien supremo es el bien común. La pregunta política es acerca de qué la posibilita y qué la destruye. Para lograr la grandeza de la comunidad son precisos ciudadanos virtuosos. Los individuos no lo son por naturaleza, no proceden de manera espontánea, ni por móviles comunitarios, como pensaba Aristóteles, ni como potencia de la multitud, como cree Negri. Antes bien, los ciudadanos se tienen que ver “forzados a ello”. Esto quiere decir que el poder político tiene la tarea de hacer ciudadanos virtuosos.

Maquiavelo está convencido de que los seres humanos se dejan guiar más fácilmente por lo aparente que por lo real: “los hombres, en general, juzgan más por los ojos que por las manos [...] Todos ven lo que parece, pero pocos tocan quién eres verdaderamente”<sup>25</sup>. Existe una fuerte relación entre el poder y el juego de apariencias en su obra. El poder necesita crear sus propias condiciones de posibilidad, planificar su visualidad. Hay una permanente reivindicación de la política como mundo de apariencias, referido al engaño, la persuasión, las creencias, el disimulo o la astucia; una imagen estratégica de la política que precisa de recursos técnicos. En *El Príncipe* da buena cuenta de ello: el príncipe debe escapar a la mala reputación (capítulo XV), evitar el desprecio (capítulo XVI), crear una imagen de benignidad (capítulo VIII), evitar ser odiado (capítulo XIX), conseguir el apoyo del pueblo es la mayor fortaleza que puede tener un gobernante (capítulo XX). El objetivo último que persigue creando este mundo de apariencias es el de ayudar a construir un mundo seguro para el príncipe, conseguir su autonomía: “si se poseen realmente todas esas cualidades y se las observa en todo momento serán perjudiciales, pero si tan sólo se aparente tenerlas, entonces es cuando resultarán útiles”<sup>26</sup>.

En el capítulo XXIII de *El Príncipe* sostiene que los hombres harán el mal a menos que por la necesidad se vean obligados a otra cosa. Las instituciones y las leyes recrean una necesidad artificial para que los ciudadanos sean virtuosos. Así se rompe el individualismo, egoísmo y particularismo, poniendo en primer lugar los intereses de la comunidad. Maquiavelo vincula la corrupción a la defensa de los intereses privados, egoístas. Por el contrario, una sociedad no corrupta es la que busca vivir en libertad. Y la única forma de asegurarla es concibiendo la política como una

---

<sup>25</sup> Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Madrid, Akal, 2000, capítulo XVIII

<sup>26</sup> Ídem.

actividad pública. La corrupción se opone a la posibilidad de libertad que encierra el pueblo: si sólo persigue sus intereses individuales, entonces se pone en peligro la libertad y la seguridad de todos.

### El gesto metonímico maquiaveliano

NEGRI CONCIBE LA MULTITUD desde una concepción unitaria que le impide atender a cualquier gesto metonímico (una parte capaz de definir el todo) como vínculo imaginado. La definición de la multitud desde un plano de inmanencia comporta una tendencia a la unidad. Ésta es la expresión de una tendencia espontánea a la convergencia, una tendencia casi natural de la multitud a luchar contra la opresión. La multitud no es una universalidad parcial, construida políticamente, sino una universalidad espontánea y subyacente. Como consecuencia, la multitud de Negri impide pensar cómo el empuje de lo tumultuario (lo particular) se inscribe en la ley y en la arquitectura institucional como libertades y derecho (lo universal).

Escribe Maquiavelo: “en todas las ciudades existen estos dos tipos de humores; que nacen del hecho de que el pueblo no quiere ser dominado ni oprimido por los grandes y, en cambio, los grandes desean dominar y oprimir al pueblo”<sup>27</sup>. Es decir, todo cuerpo político se construye y ordena a partir de esta división originaria de lo social. Los grandes quieren dominar, oprimir [*comandare è oprimere*] al pueblo; y el pueblo no quiere ser dominado ni oprimido [*non essere comandato né oppressi*]. Los grandes quieren adquirir [*acquistare*] y el pueblo desea conservar lo que tiene [*mantenere*]. Esta oposición entre los dos deseos es la “relación esencial” de lo social.

Es clara la influencia de los afectos y pasiones en el planteamiento de Maquiavelo, cuando utiliza, de manera indiferenciada, humor [*umore*], deseo [*desiderio*] o apetito [*appetito*]. No es posible pensar las acciones sin la influencia de los afectos. Pero la “naturaleza” de los afectos maquiavelianos no pertenecen al orden de la potencia. Antes bien, y en relación a lo desarrollado en el apartado anterior, es el príncipe el que debe suscitar pasiones, infundir entusiasmo. El amor adquiere aquí la forma de un contrato entre el príncipe y el pueblo.

El principal afecto es la insatisfacción: los grandes tienen el deseo de adquirir más, están inquietos. El pueblo, en cambio, tiene una menor intensidad de insatisfacción. El no querer ser dominado los lleva a la preferencia por la quietud, la estabilidad. No es que los grandes y el pueblo tengan, cada cual, unos afectos y

---

<sup>27</sup> Maquiavelo, N., *El Príncipe*, Madrid, Akal, 2000, capítulo XVIII; véase también Maquiavelo, N., *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Akal, 2016, Libro I, capítulo IV.

atributos que les sean propios. El modo en que son afectados por los humores hay que entenderlo desde una lógica relacional: ambos, pueblo y grandes, son afectados por los mismos humores. Pero son afectados en modos distintos. El deseo de los grandes tiene un objetivo claro: el pueblo como objeto de dominio. Por su parte, el deseo del pueblo es pura negatividad, carece de objeto. No hay simetría, pues el deseo de los grandes es del orden del tener; el del pueblo, en cambio, es del orden del ser. Podríamos decir, invirtiendo la dicotomía negriana, que son los grandes los que expresan potencia y desean actualizarla. Y en idéntico sentido, la primacía otorgada por Maquiavelo al pueblo se debe no al “despliegue de su potencia”, sino a su que-rencia por la conservación y la quietud. En el capítulo V del Libro I de los *Discursos*, se pregunta maquiavelo: “¿dónde se resguardará más seguramente la libertad, en el pueblo o en los grandes?” La ambición de los grandes consiste en poseer, adquirir; la del pueblo, por el contrario, en poner límites a quienes amenazan su libertad. La ambición de los grandes no conoce límites, es expansiva, siempre desean tener más.

Dadas ciertas instituciones [*ordini*] y costumbres [*modi*], el pueblo genera menos alteraciones que los grandes, porque su deseo es el de no ser dominado, no tiene deseo de acrecentar su poder. En el capítulo V de los *Discursos* dice Maquiavelo que el pueblo es la parte más estable de la ciudad, no sólo porque ocupa la posición más débil y tiene menos posibilidades para la acción (riqueza, armas, etc.); también porque se conforma con no ser dominado.

El pueblo de Maquiavelo no tiene un deseo constitutivo de libertad, como piensa Negri, sino un deseo de no ser dominado como respuesta al deseo de dominio de los grandes. El pueblo de Maquiavelo no es una positividad, sino una negatividad (no quiere ser dominado). Grandes y pueblo no son esencias, ni dos dimensiones onto-lógicas, sino dos formas diferentes de participar en la distribución de los deseos, a través del *acquistare* y del *mantenere*. En la concepción maquiaveliana de las pasiones no hay ni rastro de ontología; son constitutivas de la naturaleza humana, ejercen una fuerte influencia sobre las conductas humanas, pero no pertenecen al orden del ser.

En la perspectiva maquiaveliana, las cosas humanas se hallan en constante movimiento. No hay principios, instituciones o leyes eternas e inmutables. Lo político es, precisamente, el intento de orientar el movimiento. El mundo es permanente *variazione*. Lo único que permanece es la *mala contentezza* [la insatisfacción]: “la naturaleza ha creado al hombre de tal suerte, que todo lo puede desear y no todo conseguir; de modo que, siendo mayor siempre el deseo que los medios de lograrlo, allí nace el descontento (*mala contentezza*) de lo que posee y la poca satisfacción que se tiene”<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> Maquiavelo, N., *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, *op. cit.*

En Negri, por el contrario, el amor es potencia ontológica, afirmación; es ontológico porque construye la vida: “decir que el amor es ontológicamente constitutivo significa sencillamente que produce el común”<sup>29</sup>. En los conceptos de *potentia* y *multitudo* de Spinoza encuentra Negri una estructura del ser como práctica colectiva, que constituye el mundo e informa de una ética del deseo, la pasión y el amor, así como una política de la liberación. La multitud es el sujeto colectivo de este movimiento constitutivo. El amor de la multitud es ya una instancia a la universalidad: “el amor es una producción del común que constantemente apunta hacia arriba, tratando de crear cada vez con más potencia [...] Todo acto de amor es un acontecimiento ontológico en la medida en que señala una ruptura con el ser existente y crea un nuevo ser”<sup>30</sup>.

En lo que al conflicto entre el pueblo y los grandes se refiere, la figura del príncipe es fundamental. “Lo más probable es que Maquiavelo quisiera expresar la idea de que la ciudad libre de Florencia y la nueva nación italiana no habrían podido constituirse si no se hubiera dado un nuevo “poder constituyente”, una nueva fuerza que radicalmente fundase la vida civil”<sup>31</sup>. Negri observa que Maquiavelo ensalza la superioridad de la acción. Y considero es una afirmación acertada, pero de ahí no se sigue que el florentino establezca la autopresencia del pueblo como absoluto. El pueblo no es un principio de inmanencia, nunca es igual a sí mismo. Para Maquiavelo la acción tiene un carácter limitado e incompleto. A diferencia de Negri, el poder constituyente no es social sino político; no es absoluto sino relativo; no está en una relación de oposición externa al poder constituido sino en una relación de “oposición interna”. La identidad entre pueblo y príncipe que observa Negri es inviable, porque el pueblo de Maquiavelo no funda una forma de gobierno, es una fuerza de impugnación, de rechazo del dominio antes que de afirmación y expresión de potencia. En otras palabras, en Maquiavelo no existe afirmación de un sujeto absoluto.

Sin embargo, Negri cree ver un vínculo en la obra de Maquiavelo entre príncipe, multitud, poder constituyente, gobierno absoluto y democracia. Pero esta lectura sólo es posible si se obvia que lo político en Maquiavelo pasa por la relación triádica entre el príncipe, los grandes y el pueblo, y no la identidad entre príncipe y pueblo, como sugiere Negri. Es cierto que Maquiavelo piensa el pueblo como agencia política. Pero no en el sentido negriano de la multitud: no es una agencia dirigida a la fundación de un gobierno, sino la impugnación y la resistencia, un deseo de no dominación. El príncipe moviliza el pueblo, justamente, porque éste carece de

<sup>29</sup> Hardt, M., Negri, A., *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Madrid, Akal, 2011, p. 191.

<sup>30</sup> *Ibidem*. 191

<sup>31</sup> Negri, A., *Fin del invierno*, Buenos Aires, La isla de la luna, 2004, p. 107.

dimensión afirmativa, productiva, no tiene potencia. El poder no se encarna en un sujeto, precisa de un príncipe que lo movilice.

El príncipe ni resuelve el conflicto entre los grandes y el pueblo ni deja que se estanque. Su poder imaginante, su función y operación simbólica, consiste en hacer posible la existencia de la división de deseos y representar a través de su figura la unidad de la sociedad. Instituye la unidad de la sociedad política a partir de su división originaria. Sin príncipe no hay pueblo. Pero sucede, advierte Maquiavelo, que los grandes consideran al príncipe un igual, un semejante, dada la posición jerárquica que ambos ocupan en la sociedad. En estas circunstancias, el príncipe tiene muy difícil poder “elevarse” sobre ellos, trascenderlos, cumplir su función simbólica consistente en hacer emerger los dos deseos. De ahí entonces el papel actuante del pueblo: el príncipe se apoya en el pueblo porque es la única parte de la sociedad capaz de poner un límite al dominio ilimitado de los grandes. Es así como el príncipe logra proyectarse por encima de los dos humores contrapuestos sin identificarse con ninguno. A esta forma de instituir el conflicto Maquiavelo lo llama ‘República’.

Es preciso un pueblo vigoroso, tumultuario, reivindicativo, porque es la única manera de contener el deseo de los grandes. En efecto, es como resultado de ese conflicto del que brotan las leyes justas. La resistencia del pueblo posibilita una relación fecunda con la ley, otorga dinamismo a la *civitas*. Es el conflicto el que explica los cambios, las transformaciones, la creación de leyes y libertades. El deseo de no dominación, al chocar con el deseo de dominar, genera un estruendo que logra inscribirse como ley, como libertades y derechos. Maquiavelo no está describiendo un proceso histórico, una suerte de ontología del poder constituyente, sino señalando qué tipo de entramado institucional hace posible mantener esta fecunda tensión. Aquello que el pueblo logra inscribir como *ordine* [instituciones] y *legge* [leyes] no es sólo para el pueblo en tanto que particularidad, sino para el conjunto de la República. Por eso el conflicto está subordinado al orden. Ese orden nunca será estable, no logrará sedimentarse, siempre estará abierto a nuevos conflictos, o sea, a nuevos desórdenes. El deseo de no querer ser dominado no hallará nunca una solución definitiva, porque la amenaza de dominio de los grandes es un deseo que no puede ser suprimido. Ergo no hay solución al problema político; el conflicto es inherente a lo político.

El deseo de no dominación del pueblo no es el universal en sí, pero sí que tiende a su universalización. Si el pueblo crea un dique de contención al deseo de los grandes, no sólo el pueblo será libre, también lo será la ciudad entera. Por el contrario, si los grandes no encuentran un límite a su deseo, entonces la ciudad en su conjunto será sometida, nadie será libre. Por eso, sólo si el pueblo es libre, entonces la ciudad lo será también. El pueblo se identifica, pero no se confunde, con el universal. En

la obra de Maquiavelo ‘pueblo’ es referido tanto en su sentido partitivo, una parte de la ciudad, como a la ciudad entera: *popolo, moltitudine y universale* son términos intercambiables.

Del deseo de los grandes se sigue la destrucción de la comunidad; del deseo del pueblo, en su encuentro con los grandes, surge un bien común, universal y no particular: “no es el bien particular, sino el bien común, lo que engrandece a los pueblos, y al bien común únicamente atienden las repúblicas”<sup>32</sup>. Según Negri, el pueblo de Maquiavelo, animado por el deseo de vivir en libertad, está dispuesto a salvaguardarla. Pero se equivoca Negri al pensar que el objetivo de ello reside en la liberación de su propia potencia. Antes bien, el deseo de vivir en libertad opera virtuosamente protegiendo la comunidad política de la destrucción de los grandes. El pueblo, salvándose a sí mismo de los grandes, libera a la ciudad entera: “los instintos ambiciosos de los hombres son tales, que si por varias vías y de diversos modos no son combatidos, pronto arruinan al Estado”<sup>33</sup>. Luchando por su propia libertad, el pueblo salva incluso a los grandes de su propia destrucción, que es el lugar al que les conduce su apetencia infinita. El pueblo es “il bene dello universale”<sup>34</sup>.

### La República: la institución que mejor se presta al movimiento

PARA NEGRI EL PODER CONSTITUYENTE no puede encontrar su síntesis en el constituido por tres razones: primero, porque es autofundacional; segundo, porque es ilimitado en el espacio y en el tiempo; y, tercero, porque es el poder de los comienzos radicales e imprevisibles. Es fuerza (potencia) y no *potere* (poder institucionalizado). Si el poder constituyente es permanente exceso, entonces la forma-República no tiene nada que ofrecer, pertenece al orden de lo constituido, del límite, la oposición y el recorte: “el constitucionalismo es la negación de la democracia”<sup>35</sup>. El objetivo del poder constituyente es su liberación absoluta. Negri cree que la república democrática de Maquiavelo tiene un carácter absoluto, el de un poder que nunca se institucionaliza. La forma del poder constituyente es el pueblo que Negri define como multitud; y la única constitución del príncipe es la democracia. La razón de que Negri obvie la problemática del constitucionalismo, la institucionalización y la representación, de debe a que el “quién” (la multitud) y el “cómo” (la dimensión

<sup>32</sup> Maquiavelo, N., *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, op. cit. Libro II, capítulo 2.

<sup>33</sup> Ídem. Libro I.

<sup>34</sup> Ídem. Libro II, capítulo 22.

<sup>35</sup> Negri, A., *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, op. cit.

ontológica) del poder constituyente son idénticos<sup>36</sup>. Por ello, no hay lugar para la mediación, la representación y las instituciones.

Maquiavelo, por su parte, entiende que la única salida a la opresión pasa por la búsqueda de protección bajo la República. La posibilidad de libertad que encierra el pueblo no depende de su propia potencia, sino de la naturaleza de las instituciones políticas. La libertad del pueblo no se crea en las interacciones internas de la multitud. Maquiavelo denomina “principado civil” al Estado constituido en el que la acumulación de fortuna se fundamenta políticamente. El “príncipe nuevo” es el “príncipe civil”. Se llama así precisamente porque funda el Estado asegurando su separación de la radicalidad del conflicto social mediante la institucionalización de una sociedad civil. Promete instituciones a través de las cuales se reinterprete el deseo de libertad como no dominación del pueblo.

Negri concibe la figura del “príncipe civil” de manera bien distinta, como aquel agente político que devuelve el Estado a lo social estableciendo una democracia absoluta: “no es el Estado absoluto moderno el que aquí es construido [...] lo que se funda es la república democrática, la forma constitucional de la multitud”<sup>37</sup>. El lugar del conflicto maquiaveliano es conceptualizado en Negri, otra vez, desde la ontología política. Y sostiene que el no querer ser dominado del pueblo es una manera de eliminar las estructuras jerárquicas. Pero el *ordine* y la *legge* de Maquiavelo no es una estructura jurídico-política metafísica, inmutable, monolítica y verticalista, cuyo destino es oprimir, sino un equilibrio frágil donde se expresan las relaciones de fuerza que luchan por imprimirle una determinada orientación. El tramado histórico-institucional es necesario para garantizar y regular el conflicto. La pregunta clave de Maquiavelo es acerca de la disposición que le damos a esa división originaria de lo social. El abandono del *comienzo absoluto* (momento de soledad del “príncipe nuevo”) para entrar en el de la *duración* es a través de leyes e instituciones que permiten al príncipe “echar raíces” en el pueblo. ‘Enraizamiento’ quiere decir que la arquitectura institucional ha penetrado en la ciudad. Aquí reside la potencia de *lo stato*, en su capacidad de durar, de mantenerse.

Desde esta perspectiva, Maquiavelo distingue entre el despotismo, la anarquía y la república. El despotismo anula, sofoca, reprime, absorbe y ahoga el conflicto. La ley es propiedad de los grandes y su deseo de dominar no encuentra límites. El resultado es una sociedad sometida y dominada. En la anarquía, el conflicto no es tenido en cuenta, es ignorado y corre el riesgo de convertirse en guerra civil. Como al conflicto no se le da lugar ni es elaborado, se estanca, se encona. El problema

---

<sup>36</sup> Negri, A., “Existe una dottrina marxista dello stato?”, *Aut aut*, 1976 pp. 35-50.

<sup>37</sup> Negri, A., *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, op. cit. 106.

tanto del despotismo como de la tiranía es que no cuenta con la fuerza del pueblo. Y sin ella, no hay *ordine* que pueda durar.

La República sí que toma el conflicto en consideración, le permite desplegarse y, al tiempo, lo contiene. Al dejarse afectar por el conflicto y responderle, la misma República se transforma. Aquí el deseo de dominar de los grandes sí encuentra un límite en el deseo de no ser dominado del pueblo. Y ese conflicto permite transformar las leyes. Roma es un ejemplo del el vínculo que se establece entre ley, libertad y tumultos<sup>38</sup>. La división de humores, en el seno de la ciudad, se inscribe en una división originaria de lo social. La República, como forma que adopta la exposición de la división, es la apuesta institucional de Maquiavelo porque en ella hay más estabilidad y prudencia que en las otras. La República se presta al movimiento, posibilita las alteraciones y logra estabilidad.

---

<sup>38</sup> Maquiavelo, N., *Discursos sobre la primera década de Tito Livio, op. cit.*, Libro I, capítulo 6.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Balibar, É., “Spinoza, the Anti-Orwell: The Fear of the Masses”, *Masses, Clases, Ideas*, Nueva York, Routledge, 1993, pp. 3-38.
- Guattari, F., Negri, A., *Las verdades nómadas & General intellect, poder constituyente, comunismo*, Madrid, Akal, 1999.
- Hardt, M., Negri, A., *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Madrid, Akal, 2011.
- , *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Barcelona, Debate, 2004.
- Maquiavelo, N., *Del arte de la guerra*, Madrid, Tecnos, 2008.
- , *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Akal, 2016.
- , *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Akal, 2016.
- , *El Príncipe*, Madrid, Akal, 2000.
- Negri, A., “Existe una dottrina marxista dello stato?”, *Aut aut*, 1976 pp. 35-50.
- , *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, Madrid, Prodhufi, 1994.
- , *Fábricas del sujeto/ontología de la subversión*, Madrid, Akal, 2006.
- , *Fin del invierno*, Buenos Aires, La isla de la luna, 2004.
- Virno, P., *Ambivalencia de la multitud. Entre la innovación y la negatividad*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2003.

---

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp2022.30.002>  
Bajo Palabra. II Época. N° 30. Pgs: 43-62